



La punta y el iceberg.

Se vale opinar.
Martha Galindo.

Noviembre 11, 2021.

ASPIRACIONISTAS.

“Una nación tendrá éxito sólo cuando las aspiraciones de las personas se mantengan vivas. Si las personas pierden su aspiración, es una nación terminada” (Sadhguru). Para la RAE, Aspirar: *“acción o efecto de pretender o desear algún empleo, dignidad u otra cosa”*. Tener aspiraciones en la vida, es más que esbozar propósitos de año nuevo. Es trabajar hacia metas afines a nuestros anhelos personales y nuestra manera de ver la vida, o sea, tener un “para que esforzarnos” y salir de nuestra zona de confort, que es en donde se congelan nuestras oportunidades de superación. Lo contrario a estos ideales es deleitarse con la mediocridad, situación muy lamentable pues como dice J. Aguirre Gómez: *“El mediocre critica pero no se atreve, juzga pero no es capaz, aspira pero solo envidia, no acciona, y sólo se preocupan de errores de los demás y no de sus verdaderas pasiones”*. Pero el presidente ha condenado en varias ocasiones lo que llama el “aspiracionismo” de la clase media. Ese estrato social que según datos del INEGI en la década pasada correspondía aproximadamente al 40% de la población urbana y 26% de la rural, que no se define exclusivamente por el nivel de ingresos sino también por otros atributos de conducta y cultura, que comprende una subdivisión de baja, media y alta y que fue en gran medida un artífice de su triunfo presidencial, ahora parece incomodarle y por eso arremete contra ella. Desde mi perspectiva, más debería ocuparse en que las clases sociales más pobres aspiren a salir de la condición que los estrangula económicamente, ya que sus programas sociales que le han procurado alta popularidad nacional e internacional no han logrado eliminar las fuentes de discriminación de los grupos vulnerados, ni han reducido la desigualdad social. Si a esto se añaden los efectos económicos de la COVID, resulta que también la pobreza extrema ha crecido en el país recientemente (Coneval). Así que yo sugiero que en vez de criticar AMLO a quienes aspiran a mejorar sus niveles de vida y quieren sacudirse el conformismo que John Kennedy definió como *“... el carcelero de la libertad y el enemigo del crecimiento”*, sería más efectivo recurrir a la fraternidad a la que también nos ha convocado, aunque sin precisar con exactitud los alcances o la definición de la misma, pero que implicaría entre otras cosas, abandonar de una vez y por siempre las etiquetas de “pueblo bueno” a quienes están con él y “fifís” a quienes discrepamos de sus ideas, que no es en sí, sinónimo de estar contra él. Sería muy positivo que, habiendo el presidente propuesto en la ONU el valor de esa fraternidad, que es el lazo de unión entre los hombres, basada en el respeto a la dignidad de las personas y en la igualdad de derechos de todos los seres humanos, la empiece a practicar más en casa y nos aglutine en torno a su carismática figura, procurando relacionar a los muy variados tipos de mexicanos que somos y dedique más su tiempo y el de sus asesores en descubrir y fomentar los elementos que sí son comunes en nuestra idiosincrasia e identidad nacional.